

La ciudad desdibujada. Aproximaciones antropológicas para el estudio de la ciudad

FERNANDO MONGE

Dpto. de Antropología Social y Cultural,
UNED, Madrid

RESUMEN

Según la revisión de Setha M. Low (1996) sobre la antropología de las ciudades, hay dos aspectos que destacan en la literatura reciente: “¿por qué se ha teorizado tan poco sobre la ciudad en antropología? y ¿por qué apenas se oye la voz de los antropólogos en los estudios urbanos y en los discursos sobre políticas urbanas?”. Cuanto más sabemos sobre las ciudades desde una perspectiva antropológica, menos dibujadas están las ciudades que estudiamos. Este artículo trata de contestar, desde una perspectiva personal, dichas preguntas. Tanto el desarrollo histórico de la antropología urbana, como el surgimiento de nuevas formas urbanas complejas y sus modos de conceptualizarlas están relacionadas con la situación actual de la disciplina.

Palabras clave: Antropología Urbana, Teoría, Historia, Estados Unidos, España.

SUMMARY

In her review on the anthropology of cities (1996), Setha M. Low remarked on two salient aspects of the recent literature: first, the subject “is under theorized in anthropology”; second, the “anthropological voice is rarely heard in the urban studies and urban policy discourse.” The more we know about the city from an anthropological perspective, the more the cities we study appear to evade us. In this paper the author addresses, from a personal vantage point, the issues raised by Low. Both the historical development of urban anthropology and the emergence of complex new urban forms, together with the ways of conceptualizing them, are related to the current state of urban anthropology.

Key words: Urban Anthropology, Theory, History, U.S.A., Spain.

En 1996, Setha M. Low en un artículo publicado en el *Annual Review of Anthropology*¹, se hacía dos preguntas claves para la comprensión de la

¹ Este artículo de revisión sobre la evolución de la antropología urbana tiene un precedente que se ocupa de la década anterior (Sanjek 1990).

evolución de la antropología urbana durante las últimas dos décadas del siglo pasado: “¿Por qué se ha teorizado tan poco sobre la ciudad en antropología? y ¿por qué apenas se oye la voz de los antropólogos en los estudios urbanos y en los discursos sobre políticas urbanas?” (Low 1996: 383). No voy aquí a glosar las razones que esta autora ofrece para explicar semejantes peculiaridades, ni pretendo abordar en estas páginas una historia sintética de la evolución de esta disciplina². Lo que me interesa es enlazar el discurso y estado de la cuestión de esa colega con mi propia perspectiva personal; y, sobre todo, ofrecer una reflexión abierta sobre las diversas aproximaciones antropológicas que se han desarrollado para el estudio de la ciudad. En mi opinión las dos preguntas de Setha M. Low pueden resumirse en una sola: ¿por qué la antropología ha sido incapaz de construir un marco teórico integrado y reconocible sobre la ciudad?

Creo que este relativo fracaso ha impedido que esta ciencia tenga una identidad distintiva que le permita participar, con unas señas de identidad propias en los debates urbanos que se generan por o en torno a las autoridades administrativas, políticas y planificadoras que rigen las ciudades; y creo, también, que esa invisibilidad se debe a una serie de factores que conviene tener en cuenta a la hora de plantearse proyectos de investigación urbana de cierto calado, tanto teórico como práctico. Por supuesto, y ya lo he indicado antes, ésta es una visión personal y, por lo tanto, no pretende ofrecer fórmula magistral alguna³.

Al integrar las dos preguntas de Setha Low en una sola hago una afirmación que me gustaría desarrollar en primer lugar: la dimensión teórica de la antropología urbana está directamente relacionada con su capacidad para convertirse en un interlocutor visible en los debates sobre las ciudades.

La antropología urbana, y este es un lugar común en cualquier texto sobre esta materia, es una disciplina joven o recién llegada y su juventud, añadido, le ha conferido un peculiar complejo de inferioridad frente a especializaciones disciplinares como la sociología urbana, o frente a otros especialistas como los planificadores urbanos. De hecho, existe en algunos países de nuestro entorno una suerte de ámbito multidisciplinar, que suele denominarse estudios urbanos, en los que la antropología apenas es visible. En Estados Unidos, el Reino Unido, Francia o los Países Bajos se pu-

² Para aquellos interesados en un breve ensayo introductorio de la antropología urbana, véase el primer capítulo de la obra de Francisco Cruces (2006). Hay dos manuales en castellano sobre antropología urbana que merece la pena consultar: Cucó (2004) y Signorelli (1999). Aidan Southall (1998) hace una revisión desde la antropología de la historia de la ciudad a nivel mundial que merece la atención del lector interesado.

³ Quienes estén interesados en tener una visión más sistemática y completa de la antropología urbana pueden consultar las obras de Hannerz (1993) y Cucó (2004).

blican múltiples revistas de corte académico o aplicado, que se dedican a los estudios urbanos desde una perspectiva amplia. En esas tradiciones nacionales, las dimensiones sociales y culturales juegan un papel de mayor relevancia sin que se haga presente la perspectiva antropológica.

Según mi propia experiencia profesional, la inexistencia de enfoques antropológicos es muy notoria en las investigaciones sobre ciudades portuarias, así como en los acalorados debates que se producen a la hora de valorar los proyectos de renovación y planificación de los viejos espacios portuarios ubicados en los centros de las ciudades. En estas urbes la dimensión cultural de la planificación es un hecho reconocido, no sólo por expertos (Meyer 2003), sino incluso por escuelas de estudios portuarios o de ribera como la francesa. Por otra parte la dimensión cultural de la renovación ha sido objeto de debate público en las ciudades involucradas en proyectos de renovación portuaria y urbana. En muchos de estos casos la invisibilidad antropológica no era producto de su falta de participación, sino de los tipos de argumentos y discursos propios de la antropología. Para los planificadores y gestores urbanos la antropología habla de dimensiones difíciles de comprender en el lenguaje cuantificador y tecnificado de la planificación. Todavía hoy nos enfrentamos a la asignatura pendiente de compatibilizar las concepciones funcional-estructuralistas de la gestión urbana y espacial con los discursos post-estructural-funcionalistas que dominan la antropología contemporánea.

En España, las publicaciones que más se adecuan a los estudios urbanos que he mencionado se localizan fundamentalmente en Barcelona. Creo, como trataré de mostrar más adelante, que el hecho de que sea Barcelona la pionera española en este tipo de estudios no es casual (véase Capel 2002 y 2005; y *Geocrítica*⁴).

LA CIUDAD DIBUJADA: LA CIUDAD Y LA ANTROPOLOGÍA

Tanto en Europa como en los Estados Unidos las primeras aproximaciones no históricas o geográficas a la ciudad se hicieron desde la sociología⁵. En el Viejo Continente, Max Weber publicaba en 1905 uno de los textos fundacionales: *La ciudad* (1966). Esta obra, junto con su polémica *La ética*

⁴ *Geocrítica* (<http://www.ub.es/geocrit/menu.htm>) es un portal de la Universidad de Barcelona, dirigido por Horacio Capel, en el que se puede acceder a las revistas de geografía y ciencias sociales: *Scripta Nova*, *Biblio3W*, y *Ar@cne*, así como foros y otros recursos de interés dentro de este ámbito.

⁵ No vamos a comentar aquí obras como la del historiador Fustel de Coulanges (1864) que ayudaron a construir nuestra concepción de la ciudad e influyeron profundamente en el pensamiento de discípulos suyos como Emile Durkheim.

protestante y el espíritu del capitalismo (1904-05)⁶, y su visión sobre la legitimidad⁷ y la burocracia como formas de dominación y organización social (Weber 1964) constituyen las líneas maestras de una visión sociológica de la ciudad, muy próxima a los postulados de la antropología, en la que los condicionantes históricos y legales del origen de las ciudades consolidan una visión que se basa fundamentalmente en las funciones organizadoras del mercado y la centralización del poder político. Weber es capaz de construir en las obras mencionadas una poderosa visión teórica y multidimensional de la ciudad que sólo encuentra rival en las teorías de Karl Marx articuladas en torno a los modos de producción. Leyendo a Weber, vemos los mercados medievales, las murallas de las ciudades y la evolución de un poder político, gracias, entre otros factores de índole menos material, al desarrollo de doctrinas religiosas como la calvinista, cuyos postulados éticos están, de acuerdo con Weber en la base del desenvolvimiento del tipo de individualismo que promovería el capitalismo.

Sin embargo, su visión era, desde una perspectiva global y comparada, extraordinariamente limitada. Para Weber la ciudad debía poseer cinco características básicas: 1. Una fortificación, 2. Un mercado, 3. Un código legal y cortes de justicia propias, 4. Una asociación de ciudadanos que cree una suerte de corporación municipal, y 5. Suficiente autonomía política como para que los ciudadanos puedan elegir a sus gobernantes. La ciudad a la que se refería Weber tenía su origen en las medievales del Norte de Europa, en particular en aquellas ciudades en las que una ética protestante más cercana al Calvinismo fue capaz de generar, según Weber, el espíritu de ahorro, ascetismo, moral individual y trabajo que propulsó el primer capitalismo. La ciudad de Weber es la ciudad occidental moderna. Ni las orientales, divididas, en su opinión por el sectarismo y las relaciones familiares; ni las premodernas eran ciudades propiamente dichas.

Otro coetáneo a Weber, Georg Simmel (1950) en su ensayo sobre la metrópolis y la vida mental (publicado por primera vez en 1903) hacía una serie de consideraciones sobre el entorno urbano de principios del siglo xx, a su juicio caracterizada por el exceso de estímulos psíquicos, que como expone Francisco Cruces, creaba “un entorno que sobrepasaba al yo obligándolo a un permanente esfuerzo defensivo”, en el que “la subjetividad tiende a replegarse en formas de relación calculadoras, racionales, impersonales” (Cruces 2006: 19). Me gustaría hacer notar que en estos trabajos no sólo se desarrolla una visión compleja del marco de instituciones, acti-

⁶ Existen numerosas ediciones en castellano (Weber 2001).

⁷ Véase en esta línea los trabajos editados por Italo Pardo (2000 y 2004) sobre las morales de la legitimidad y la difícil relación entre la moralidad y la ley.

vidades comerciales y de producción, organización política y relaciones sociales que hoy suelen ser consideradas como esenciales a la hora de comprender sociológicamente a la ciudad, sino también perfilan una comprensión en la que la evolución temporal constituye una dimensión esencial.

LA ESCUELA DE CHICAGO

Sin embargo, no serían ni Weber ni Simmel, u otros precursores los que iban a construir un modelo teórico de estudios urbanos, capaz de influir de un modo decisivo en la sociología, la geografía y la antropología. La primera materialización de los estudios urbanos de campo, basados en la técnicas etnográficas, y el primer cuerpo teórico ajustado al conocimiento de la ciudad y de sus habitantes surgió de una joven ciudad estadounidense con uno de los departamentos de sociología más antiguos: Chicago y la Universidad de Chicago. La llamada Escuela de Chicago, compuesta fundamentalmente por Robert E. Park, Ernest W. Burgess, Louis Wirth, Roderick D. McKenzie y Harvey Zorbaugh, tiene, sin duda, el indiscutible privilegio de ser considerada la fundadora de los estudios urbanos. Su influencia no sólo se prolonga hasta la actualidad sino que, su primera definición de ciudad, realizada por Robert E. Park de forma tentativa en 1915 y definitivamente perfilada en 1925 por el mismo autor⁸, sigue constituyendo el marco básico de conceptualización de la ciudad del siglo xx o moderna.

La ciudad es algo más que una combinación de hombres individuales y conveniencias sociales —calles, edificios, farolas, tranvías, teléfonos, etcétera—; algo más, también, que una mera constelación de dispositivos administrativos e instituciones —tribunales, hospitales, escuelas, policía y funcionarios civiles de distinto tipo—. Las ciudad es, más bien, un estado de mente, un cuerpo de costumbres y tradiciones, y de actitudes y sentimientos organizados que son inherentes a dichas costumbres y que se transmiten por medio de dicha tradición. En otros términos, la ciudad no es un mero mecanismo físico ni una construcción artificial. Está involucrada en el proceso vital de la gente que la compone: es un producto de la naturaleza, y en particular, de la naturaleza humana. (Park, en Park y Burgess 1967: 1; traducción en Cruces 2006: 17).

En *The City* (1925), tres de los más influyentes sociólogos urbanos de la Escuela de Chicago, Park, Burgess y Wirth, desarrollan los principios programáticos, teóricos y conceptuales de lo que iban a ser las dos déca-

⁸ El artículo de Robert E. Park: "The City: Suggestions for the Investigation of Human Behavior in the City Environment", que fue publicado por el *American Journal of Sociology* en 1915, se reeditó modificado en 1925 como primer capítulo de la obra colectiva de Robert E. Park; Ernest W. Burgess; y, Roderick D. McKenzie: *The City* (1925).

das de creación (1921-1941) de esa escuela (Hannerz 1993). La sociología urbana de la Escuela de Chicago se caracteriza por el uso de la etnografía como herramienta básica de investigación y, desde una perspectiva teórica, por un trabajo sistematizador en el que las claves se establecían en torno a una ecología espacial de los grupos humanos. Robert Park era consciente de que la ciudad modelaba y liberaba a la naturaleza humana de un modo nuevo, que el orden moral de la vida social estaba profundamente modificado por el peculiar campo de relaciones sociales que se generaban en el espacio urbano. Así, llevando la sociología a las calles, reclamando el trabajo comparativo y convirtiendo a Chicago en su laboratorio de pruebas pudieron elaborar una visión de la ciudad a partir de sus estudios monográficos en los que distintos tipos de barrios, interacciones urbanas, relaciones morales y formas de vida se integraban en una visión coherente de la ciudad compuesta de relaciones sociales y formas espaciales.

A finales de los años 30, Louis Wirth, otro de los sociólogos urbanos de la Escuela de Chicago hacía una nueva declaración programática sobre la concepción de la ciudad que podríamos considerar el cierre teórico de la escuela clásica. Wirth afirmaba que a pesar de la excelencia de las aproximaciones a una teoría sistemática del urbanismo publicadas por Max Weber y Robert Park todavía están “lejos de constituir una trama teórica ordenada y coherente a partir de la cual pueda avanzar la investigación de un modo enriquecedor” (Wirth 1938: 8) La ciudad, según el autor, podía ser definida desde una perspectiva sociológica como “un asentamiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos” (*Ibid.*). A partir de esta definición, Wirth defiende que se puede desarrollar una teoría del urbanismo ajustada a la investigación sociológica. Gracias a ella el

urbanismo como un modo característico de vida puede abordarse empíricamente desde tres perspectivas interrelacionadas: 1) como una estructura física que comprende una base poblacional, una tecnología, y un orden ecológico; 2) como un sistema de organización social que incluye una estructura social característica, una serie de instituciones sociales, y un patrón de relaciones sociales típico; y 3) como un bloque de actitudes e ideas, y una constelación de personalidades involucradas en formas colectivas de comportamiento colectivo y sujetas a los mecanismos característicos del control social (Wirth 1938: 18-19).

Para Park, como para todos sus compañeros de la Escuela de Chicago, la superficialidad de las relaciones sociales de los entornos urbanos era uno de los problemas centrales. La visión de esta escuela del mundo urbano, surgido de su estudio de Chicago no era demasiado optimista y se fundamentaba en los grupos más desfavorecidos y marginales de la explosiva ciudad. En Chicago, como en la mayor parte de las poblaciones en proceso de industrialización, la inmigración, los barrios en los que se hacinaban

los recién llegados, la conflictividad social y la anomia era los temas básicos de una escuela que basaba su trabajo en la observación detenida del mundo urbano cercano y en la etnografía.

LA ESCUELA DE CHICAGO Y LAS CIUDADES DE LOS ANTROPÓLOGOS DE CHICAGO

Esas preocupaciones sobre los nuevos habitantes de las ciudades iban a llevar unos años después a un antropólogo, Robert Redfield, a replantearse las peculiaridades de la sociedad urbana a partir de su propia experiencia de campo en Yucatán. Para Redfield (1947), antropólogo de la Universidad de Chicago, las patologías sociales que se producían entre muchos de los que inmigraban a la ciudad eran una consecuencia lógica de la ruptura de la sociedad *folk* o rural de la que provenían. La sociedad rural era exactamente lo contrario de lo que concebían sus colegas sociólogos de Chicago. Frente a la ciudad impersonal, heterogénea, secular, desorganizada, la sociedad rural era pequeña, sagrada, homogénea, y basada en el personalismo. Los individuos que emigraban desde el campo a la ciudad sufrían una intensa desorganización cultural y de ahí los problemas que padecían en el entorno urbano.

Algunos años más tarde, el mismo Redfield con Milton Singer (1954) pudo refinar estos argumentos. En su artículo sobre el papel cultural de las ciudades añadían al modelo urbano-rural un análisis sobre los dos modos fundamentales en los que la cultura urbana podía desarrollarse en las ciudades. Según Redfield y Singer, existían desde el punto de vista cultural dos tipos de ciudades básicas: ciudades *ortogenéticas* y *heterogenéticas*. En las primeras la construcción de las tradiciones culturales se llevaba a cabo por un grupo de *literati*. Éstos eran los encargados de crear desde arriba una “Gran Tradición” cultural adecuada para la sociedad mayoritaria. París, Washington DC, Madrid, así como otras capitales políticas de los estados se ajustaban con claridad a ese modelo ortogenético. En las segundas, sin embargo, el papel de las culturas es *heterogenético*, es decir, las ciudades son centros de cambio económico y tecnológico que introducen nuevas ideas, cosmologías y prácticas sociales. La *intelligentsia* de ciudades como Nueva York, Londres, o Marsella desafía los viejos métodos, pone en duda las tradiciones y se convierten en centros culturales innovadores.

En la década de los cincuenta del siglo pasado la ciudad, una vez definida por los sociólogos de Chicago, se había convertido en un artefacto con papeles culturales y simbólicos específicos. La antropología no sólo contaba ya en los Estados Unidos con una trama teórica y metodológica básica con la que encarar las ciudades, sino que, además, había hecho un recorrido teórico desde el trabajo de campo a la sociedad urbana y, de allí, al universo cultural de la urbe.

LA ESCUELA DE MANCHESTER: VIAJE AL INTERIOR DE LAS CIUDADES

Lejos de Chicago, en el sur del continente africano se desarrollaba en esa misma década una nueva tradición de estudios urbanos preocupados por las intensas transformaciones sociales que se estaban produciendo en el área minera del sur de África. Dicha tradición investigadora en nacimiento, abordaba las transformaciones relacionadas con las inmigración a la ciudad de distintos grupos tribales africanos. La base académica de operaciones de este grupo de investigadores se situó inicialmente en el Instituto Rhodes-Livingstone (Lusaka, Rhodesia del Norte, hoy Zambia) y se terminó por consolidar en la Universidad de Manchester. La llamada *Escuela de Manchester* (Max Gluckman, Victor Turner, J. Clyde Mitchell, entre otros) se preocupó fundamentalmente, como indica Josepa Cucó:

[...] por el análisis de los problemas sociales en una ‘sociedad total’, un tema que hizo operativo a través de sus investigaciones sobre la adaptación de los grupos tribales a las condiciones de migración, industrialización y urbanización del periodo de dominación colonial en África. Los integrantes de esta emergente tradición pensaban que ningún investigador individual podía dar cuenta de todos los variados fenómenos que se producían en el campo de estudio. De ahí su interés por cuestiones metodológicas que implicaran la delimitación de los tópicos de investigación o de las unidades de análisis, las formas de interconexión entre campos de actividad humana y los órdenes o niveles de abstracción teórica” (Cucó 2004).

Para Max Gluckman, jefe del Departamento de Antropología de Manchester se podía acceder a las conductas estandarizadas observables —o costumbres— por medio del estudio de las expresiones de una sociedad. A las ciudades llegaban gentes con una cultura tribal tradicional que había que transformar a las nuevas situaciones de vida urbana y a un modo de producción capitalista.

Para los antropólogos de Manchester la ciudad entendida como un todo se convertía en un artefacto demasiado amplio. Las personas y grupos estudiados en un entorno urbano eran comprendidos mejor desde una perspectiva situacional. El análisis situacional, tal como explicitó J. Clyde Mitchell en 1987, podía definirse como “el aislamiento intelectual de una serie de eventos de contextos sociales más amplios en los que se inscriben con el fin de facilitar un análisis lógicamente coherente de los mismos eventos” (Mitchell 1987: 7; citado en Rogers y Vertovec 1995: 6). Los analistas situacionales buscaban definir tres componentes epistemológicamente distintos de la estructura social: los eventos, las situaciones, y los contextos; y desarrollaban su trabajo aplicando un procedimiento que esclareciera las “circunstancias en los que se ubican los actores” y las “series de significados que los propios actores atribuían a su comportamiento”, por lo que el aná-

lisis situacional buscaba hacer una “interpretación en términos teóricos generales del comportamiento, tal como se articula tanto con el contexto como con las definiciones cognitivas de los actores de la situación [investigada]” (Mitchell 1987: 17; citado en Rogers y Vertovec 1995: 7).

La Escuela de Manchester y el análisis situacional sigue una trayectoria inversa a la de Chicago: desde el campo no construye una concepción global de la ciudad, sino una técnica de análisis y una perspectiva que niega la universalidad de la ciudad. Existen ciertos parámetros, como la densidad o la heterogeneidad que, en determinados contextos, pueden estar asociados a estructuras urbanas, sin embargo, de acuerdo con su perspectiva, no podemos ir mucho más lejos. Es muy interesante destacar cómo las dos tradiciones fundacionales de la antropología urbana, partiendo del trabajo de campo y una perspectiva comparativa, parecen llegar a conclusiones aparentemente opuestas. Mientras que en la joven Chicago la ciudad puede definirse, dibujarse; en la vieja Manchester la ciudad es indefinible en términos universales.

Hay, no obstante, una constante en ambas escuelas: las dos trabajan con grupos muy concretos de ciudadanos, y lo hacen también en zonas marginales y, pese a sus diferencias ideológicas, su visión de la ciudad se hace desde los márgenes y de un modo fragmentario. Con todo se perfila en el horizonte de la disciplina la subespecialización de la antropología urbana. En mi opinión, ambas escuelas son responsables de la progresiva introducción en la ciudad de los métodos de trabajo de las pequeñas comunidades, de la etnografía contextualizada, de las historias de vida, de la observación participante, del análisis situacional y, con el tiempo y en lógica progresión, de los estudios de red y el análisis simbólico del espacio y las relaciones personales. El campo académico estaba abonado para el surgimiento e institucionalización, en la década de los setenta, de la antropología urbana que no sólo era joven sino que, sobre todo, llegaba a la ciudad en busca de los nativos que estaba perdiendo en las aldeas africanas tradicionales. Una parte importante de la antropología de esa primera etapa, que en modo alguno considero todavía cerrada, se centró en la adaptación de la metodología tradicional al medio urbano. Los habitantes de la ciudad de los que se ocupaban o eran ciudadanos anómalos, en virtud de sus peculiaridades étnicas, o grupos marginales. El barrio se convertía en una suerte de nuevas aldeas dentro del conglomerado más amplio e inabarcable de la ciudad.

Pero no debemos echar sólo la culpa de estas debilidades a las fortalezas de otras disciplinas, la antropología llegó a subespecializarse en antropología urbana de modo un poco accidental. Fueron una serie integrada de circunstancias históricas, teóricas y coyunturales las que estimularon la

llegada de los antropólogos a las ciudades. De hecho, los procesos de descolonización ocurridos tras la Segunda Guerra Mundial y otra serie de circunstancias en las que no voy a entrar, terminaron por cerrar los laboratorios tradicionales de los etnógrafos y reorientaron su interés hacia el fenómeno. La antropología urbana de aquellos años era una antropología *en la ciudad* y no *de la ciudad*.

LA CULTURA DE LA POBREZA

Pero no todos los problemas para el desarrollo de la antropología urbana a los que he hecho mención se producen como consecuencia de las transformaciones del mundo, los espacios urbanos y el todavía poco adaptado utillaje de la antropología clásica. En 1966, Oscar Lewis publicó un libro que iba a introducir una polémica teoría: la existencia de una *cultura de la pobreza*. Su trabajo, ubicado en y modelado para espacios urbanos marginales, desarrollaba la teoría de la *cultura de la pobreza* según la cual la pobreza no era solamente la falta de recursos materiales sino que incluía también una serie de valores culturales que limitaban de un modo drástico la capacidad de los desfavorecidos para cambiar su situación. Es decir que la pobreza se reproducía a sí misma y casi de modo exclusivo por medio de una suerte de patología de transmisión intergeneracional en la que los miembros adultos de las familias pobres enseñaban a sus hijos valores y comportamientos autodestructivos. O dicho de otro modo, los pobres son culpables de su pobreza (*blaming the victim*). De poco valía tener en cuenta la historia, la cultura, la estructuras económicas y políticas que constreñían, tal como indica Philippe Bourgois, las vidas de los individuos. La capacidad de ver esas dimensiones en las dramáticas historias de vidas recogidas por Oscar Lewis no se fundamentaba simplemente en un sesgo político en contra de aquéllos a los que estudiaba. De hecho, su clara voluntad era contribuir a acabar con esta situación de injusticia social, y sin embargo, como dicen algunos expertos en la materia, sus “hallazgos” asustaron y alejaron durante casi dos décadas a aquellos científicos sociales interesados en los *guetos* y barrios marginales del centro de las ciudades de los Estados Unidos (Bourgois 2003: 16-18).

La economía política tampoco es la panacea que sirve para interpretar comportamientos individuales y sociales de los procesos de marginalización social. Olvidamos a menudo, como indica este autor, que los “humanos son agentes activos de su propia historia, más que sus víctimas pasivas” (Bourgois 2003: 17). Para aquellos que trabajan en el campo este es un hecho de gran trascendencia teórica y moral. En el campo no existen “estructuras”, sino personas y sus actos cotidianos; si estamos, como hacía Bourgois, trabajan-

do con vendedores y traficantes de crack en *El Barrio* (Harlem Este, Nueva York), la brutalidad de sus actos, la violencia cotidiana no es un elemento del que podamos abstraernos. Lo fácil, y académicamente más rentable es replegarse en explicaciones o perspectivas analíticas estructurales. No son las personas las que causan daño a sus familiares o vecinos sino las “condiciones de vida” en las que están inmersas. Dicho repliegue es una estrategia de salvamento moral y de defensa lógica para quien está inmerso en un campo como los que existen en las terribles condiciones de vida de un *gueto*. Desde una perspectiva teórica nos enfrenta con varios problemas claves de la antropología de los últimos años.

¿Cuáles son los factores fundamentales que producen ese estado de marginación social: la responsabilidad individual o las constricciones estructurales de la sociedad? Una respuesta a esta pregunta clave nos enfrenta con unos de los dilemas de la antropología social: Estructura *vs.* Agencia; así como con los pares de conceptos asociados a este dilema básico de la construcción teórica de lo social. Estructura parece asociarse con sincronía y visiones totalizadoras, mientras que agencia, se inclina más hacia la narración, la diacronía, la historia y las visiones fragmentarias. Una es más estructuralista, la otra más interpretativista. ¿Cómo salir de este bucle?

Las alternativas, como es de esperar en el campo antropológico, son variadas y se asemejan a las que se pueden ofrecer frente a la construcción de la cultura de la pobreza. Se puede, como propuso Laura Nader en 1972 evitar el estudio de los grupos marginados y estudiar hacia arriba ya que, según ella, todo lo que estudiemos sobre los pobres y los marginados se utilizará en su contra (Nader 1972); o tratar la escritura etnográfica como un acto de resistencia, un modo, ciertamente limitado, de enfrentarse al poder, tal como propone Philippe Bourgois, o también, como defiende Nancy Scheper-Hughes, ejercer una antropología con los pies en la tierra fundada en términos éticos o morales:

Si no creyera que la etnografía pudiera ser usada como una herramienta de reflexión crítica y una herramienta para la liberación humana, ¿qué tipo de perverso cinismo me mantiene retornando una y otra vez a revolver las aguas de Bom Jesus da Mata?⁹ Lo que me hace volver con estas gentes son simplemente aquellos pequeños espacios de convergencia, reconocimiento, y empatía que efectivamente compartimos. No puede disolverse todo en el vapor de las diferencias culturales absolutas y la *otredad* radical. Hay modos, por ejemplo, en los que mis amigos de Alto y yo no somos entre nosotros tan indefinibles “otros”. (Scheper-Hughes, 1992: 28-29).

La polémica que abrió semejante perspectiva está lejos de haberse ce-

⁹ Alias de la ciudad en la que se basa su etnografía *Muerte sin llanto*.

rado¹⁰ y merece, en mi opinión, ser objeto de una reflexión personal antes y durante nuestro trabajo de campo.

Las tesis de la *cultura de la pobreza* son fáciles de criticar hoy, su simplismo psicologizante era muy característico de las doctrinas antropológicas de su época y, sin duda, esas perspectivas ocultaron las dinámicas de explotación de clase, discriminación racial o sexismo que hoy percibimos al aproximarnos a estos peculiares interpretaciones de los ámbitos urbanos. Con todo, el ejemplo del trabajo de Oscar Lewis apunta a un fenómeno más complejo y del que no es tan fácil zafarse: el modo en el que nuestras propias teorías y percepciones modifican y modelan nuestra propia percepción del objeto de estudio. Las ciudades no son simplemente “artefactos complejos, admirables”, productos sociales, es decir “modelados por la sociedad” en los que la misma forma física “acaba por afectar a los comportamientos de los hombres” tal como indica Horacio Capel (2002: 13); las ciudades son también, y volvemos a la definición de ciudad que ofreció Robert Park, “estados mentales” y como tales están sujetas a todas las peculiaridades de nuestra trama de comprensión y expresión. Por ello es fundamental tener en cuenta que para hacer antropología urbana en y de la ciudad es necesario no sólo aproximarse a un sujeto u objeto urbano, sino también ser conscientes de las tramas teóricas y conceptuales con la que nos aproximamos a lo urbano. El dibujo de la ciudad que tantos años costó realizar, comienza a difuminarse tan pronto como nos hacemos conscientes de esta peculiaridad básica de nuestro trabajo.

Según la valoración global de la antropología urbana realizada por Roger Sanjek (1990), la de la década de los 80 podía caracterizarse por una serie de características comunes que paso a resumir:

1. La presentación de la pobreza urbana (con argumentos a favor y en contra de las explicaciones de Oscar Lewis sobre su naturaleza).
2. La documentación de la migración del campo a la ciudad (el tema de “campesinos en ciudades”).
3. La etnografía de la vida en los vecindarios residenciales (tipo “aldeas urbanas”).
4. Atención a la estructura y las funciones “adaptativas” de las asociaciones voluntarias (pero no tanto a su rol en la política local o nacional).
5. Demostración de la ‘persistencia’ de relaciones de parentesco extensivas (si bien un menor interés por qué tipo de relaciones, o el por qué de las mismas).

¹⁰ En 1995 la revista *Current Anthropology* publicó dos artículos, uno de Roy D’Andrade (1995) y otro de Nancy Scheper-Hughes (1995), sobre los modelos morales en la antropología y la primacía de lo ético en una antropología militante. Siguen a estos artículos, los comentarios de Vincent Crapanzano, Jonathan Friedman, Marvin Harris, Adam Kuper, Laura Nader, J. Tim O’Meara, Aihwa Ong, Paul Rabinow, y las dos réplicas a los comentarios de los autores de los artículos. En los siguientes dos números de la revista la polémica continúa.

6. Un interés técnico en esquemas de diferenciación de roles y en análisis de redes (aunque con poca puesta a prueba de para qué sirve el análisis de redes).
7. Fascinación con la etnicidad (especialmente en la medida en que se expresa en el voto, la violencia o la iniciativa empresarial)” (Sanjek 1990: 152; tomo la traducción de Cruces 2006: 36).

Para aquellos que se hayan aproximado a la antropología urbana española muchas de estas peculiaridades son reconocibles. Por ejemplo, los grupos étnicos de la primera etapa de la antropología urbana eran, generalmente, gitanos y pobres de barriadas de nueva formación. La consciencia de estos sesgos permitió que la antropología crítica de esos años explorara fórmulas y campos de estudio distintos. Llegaron a los estudios antropológicos sobre la ciudad las teorías feministas, la economía política, la clases sociales y los modos de producción, se comenzó a estudiar el trabajo en sí mismo, se tuvieron en cuenta las dimensiones religiosas, sanitarias o de la cultura popular, se interesaron por las relaciones sociales efímeras. Sin embargo, y aquí no me salgo de la argumentación del propio Sanjek, uno de los

[...] mensajes teóricos más fuertes de la antropología urbana fue elocuentemente argumentado desde mitad de los años sesenta por Leeds —“Ninguna ciudad es una isla en sí misma”; las ciudades son nodos dentro de sociedades, o formaciones sociales—. Las relaciones sociales urbanas tienen lugar dentro de —y contextualizadas por— el estado, y por instituciones estatalmente reguladas que se ocupan de educación, comunicación, transporte, producción, comercio, seguridad social, culto, orden público, vivienda y uso del suelo. Leeds ha sido oído, o al menos su mensaje es hoy día casi dado por supuesto. Consecuentemente, separar de la ‘antropología urbana’ el estudio de tales relaciones e instituciones en contextos periurbanos y transurbanos es imposible además de innecesario” (Sanjek 1990: 154; traducción tomada de Cruces 2006: 37).

Me gustaría llevar este argumento más lejos. En los años que vivimos, la explicación de las ciudades no necesita contar sólo con una dimensión estatal superior en la que circunscribirlas, necesita, también, incluir o tener en cuenta los fenómenos globalizadores en los que se desenvuelven. Y no sólo las propias ciudades, sino la acelerada transformación del mundo en una sociedad mayoritariamente urbana.

LA CIUDAD DESDIBUJADA: NUEVOS CAMPOS Y ESTUDIOS DE LA COMPLEJIDAD

Hoy no sólo percibimos las ciudades como desdibujadas, las propias ciudades se han desdibujado. Ya sea por causa de los gigantescos tamaños que algunas de ellas han alcanzado (estoy pensando en México D.F.), como por su transformación en una serie de parques temáticos (Venecia es el caso

paradigmático), por su integración en megalópolis que agrupan en un entorno peri o suburbano ciudades de distintos tamaños y funcionalidades (como la megalópolis compuesta por las ciudades, de Norte a Sur, de Boston, New Haven, Nueva York, Philadelphia, Baltimore, y Washington, DC, que componen un continuo de unos 800 kilómetros de longitud¹¹), como por su estallido en piezas que generan espacios aislados que constituyen ciudades fragmentadas como Los Ángeles. No es casual que la escuela de Los Ángeles enfatice un análisis posmodernista de unidades fragmentadas y separadas las unas de las otras en sus estudios sobre la ciudad.

La ciudad se ha desdibujado física y conceptualmente. A lo largo de los últimos años la antropología urbana está sometida a un fenómeno paradójico: cuanto más trabajamos sobre las ciudades menos sabemos de ellas. Al menos así nos lo parece, proliferan, por un lado los estudios sobre ciudades; y, por otro, las caracterizaciones y definiciones de tipos de ciudad. Existe no una, sino múltiples ciudades. Según Setha Low, podemos hablar de la ciudad étnica, la ciudad partida, la ciudad generizada, la ciudad en disputa, la ciudad desindustrializada, la ciudad global, la ciudad informacional, la ciudad modernista, la ciudad postmoderna, la ciudad fortificada, la ciudad sagrada y la ciudad tradicional (Low 1996: 387-399)¹². Pero a esta riqueza conceptual no debemos suponerle un marco teórico generalizado. La ciudad, sea cuál sea su denominación, ha perdido sus contornos físicos, legales y conceptuales. Hoy, las ciudades con murallas a las que se refería Weber se han convertido en urbanizaciones fortificadas; los estados mentales en argumentos para la competencia con otras ciudades; los gestores de las mismas, más que administradores, se conciben como empresarios que promueven un producto, representado por la marca, en un competitivo mercado de ciudades que se postulan como capital o nodo de algún recurso económicamente valioso ya sea de índole material como “cultural”. No es difícil localizar en la literatura académica que aborda las ciudades comentarios sobre su disolución. Desde una perspectiva teórica dicha disolución se empareja y relaciona con las ciudades desdibujadas, y, con todo, la antropología urbana nunca ha gozado de mayor vitalidad.

Néstor García Canclini en una interesante introducción al texto de antropología urbana de Amalia Signorelli (1999), afirmaba con total seguridad:

[...] la antropología dispone de instrumentos calificados para entender los sistemas cognoscitivos y valorativos generados por contextos urbanos, las relaciones

¹¹ En 1960 esa población alcanzaba los 38 millones de habitantes tal como indica Jean Gottman (1961).

¹² Hago uso, una vez más, de la traducción de los tipos de ciudad que hace Francisco Cruces (2006: 38-39).

de su estructura actual con la historia, de la modernidad con las tradiciones. También para interpretar la articulación de factores económicos y culturales en sus transformaciones presentes, con una perspectiva distinta de otras ciencias sociales. Al interesarse particularmente por la diversidad que contienen las ciudades, la indagación antropológica permite salir de las generalizaciones homogeneizadoras habituales en los trabajos sociológicos, económicos y políticos que prefieren hablar de totalidades compactas, o reducen las diferencias a los indicadores gruesos de los censos y las encuestas (García Canclini 1999: x).

Es posible que nuestra incertidumbre y escepticismo con respecto a la posibilidad de abordar la ciudad como un fenómeno teorizable en sí mismo se vea compensado por nuestros trabajos sobre las ciudades; y que las limitaciones para desarrollar teorías generales resulten secundarias frente a las nuevas perspectivas que nos abren las transformaciones metodológicas y teóricas que ha sufrido la antropología en su proceso de adaptación a los llamados mundos contemporáneos.

En suma, puedo afirmar que la antropología urbana y nuestra visión de la ciudad se ha visto transformada a lo largo de los años por una serie de tránsitos. Hemos pasado de construir:

- una antropología *en* la ciudad a una antropología *de* la ciudad;
- una antropología que seguía a los inmigrantes a la ciudad a una antropología que se preocupa por los ciudadanos transnacionales;
- una visión de los márgenes a una visión de los procesos globales en contextos localizados;
- una imagen de la ciudad al juego de imágenes y representaciones que definen y con las que juega la ciudad;

Y desde una perspectiva más teórica el tránsito ha recorrido el camino que arranca en una etnografía ubicada en un sitio concreto y lleva hacia nuevas formas de *etnografía multi-situada* (Marcus 1998); que parte de la interrelación entre lo global y lo local para preocuparse por los llamados *ensamblajes globales* (Ong y Collier 2005); que considera no sólo a los ciudadanos localizados sino a los transeúntes; y, que no sólo ha dejado de considerar al sitio como un hecho físico dado para contemplar el espacio como un paisaje, sino que aborda las desuniones del mundo actual desarrollando peculiares tipos de “paisajes” como los *etnopaisajes* (*ethnoscapes*), *mediapaisajes* (*mediascapes*), *tecnopaisajes* (*technoscapes*), *finanzapaisajes* (*financescapes*), e *ideopaisajes* (*ideoscapes*) que define Arjun Appadurai (1996: 32-43); y que

[...] constituyen los bloques de construcción de los que (extendiendo la idea de Benedict Anderson) llamaré los *mundos imaginados*, es decir, los múltiples mundos que han sido constituidos por las imaginaciones históricamente situadas de personas y grupos distribuidos por todo el globo” (Appadurai 1996: 33).

Ahora bien, a partir de este momento, el lector podría acusarme, no sin razón, de haber derivado mi análisis e interpretación de la ciudad y la antropología urbana a unos niveles de abstracción semejantes a los que invocaban hacía casi cien años Robert Park o Georg Simmel cuando hablaban de los estados mentales o de la naturaleza moral del espacio habitado. Nada más lejos de mi voluntad. Estoy convencido de que existe una íntima relación entre los artefactos que estudiamos, como las ciudades del mundo contemporáneo, con las teorizaciones que hacemos sobre ellos. Y estoy convencido también de que la antropología se mueve con más soltura en el territorio de la vida de las personas. Néstor García Canclini afirmaba que los antropólogos llegan a la ciudad a pie, los sociólogos en auto y por la autopista principal, los comunicólogos en avión:

Cada uno registra lo que puede, construye una visión distinta y, por lo tanto parcial. Hay una cuarta perspectiva, la del historiador, que no se adquiere entrando sino saliendo de la ciudad, desde su centro antiguo hacia las orillas contemporáneas. Pero el centro de la ciudad ya no está en el pasado (García Canclini 1990: 16).

¿Cómo podemos aproximarnos a la ciudad hoy? ¿Qué podemos hacer en un barrio con una personalidad tan marcada como Vallecas?

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- APPADURAI, ARJUN. 1996. *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- BOURGOIS, PHILIPPE. 2003. *In Search of Respect. Selling Crack in El Barrio*. Nueva York y Cambridge: Cambridge University Press.
- CAPEL, HORACIO. 2002. *La morfología de las ciudades. I. Sociedad, cultura y paisaje urbano*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- 2005. *La morfología de las ciudades. II. Aedes facere: técnica, cultura y clase social en la construcción de edificios*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- CRUCES VILLALOBOS, FRANCISCO. 2006. *Símbolos en la ciudad. Lecturas de antropología urbana*. Madrid: UNED Ediciones.
- CUCÓ GINER, JOSEPA. 2004. *Antropología urbana*. Barcelona: Ariel.
- D'ANDRADE, ROY. 1995. "Moral Models in Anthropology". *Current Anthropology* 36:3: 399-408.
- FUSTEL DE COULANGES, NUMA DENYS. 1864. *La cité antique*. París: Hachette.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. 1990. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, D.F.: Grijalbo.
- 1999. "Un libro para repensar nuestras ciudades", en A. Signorelli, *Antropología urbana: IX-XVI*. Barcelona: Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana.
- GOTTMAN, JEAN. 1961. *Megalopolis. The Urbanized Northeastern Seaboard of the United States*. Cambridge, Mas.: MIT Press.
- HANNERZ, ULF. 1993. *Exploración de la ciudad*. Madrid: FCE.
- LEWIS, OSCAR. 1966. *La Vida: A Puerto Rican Family in the Culture of Poverty – San Juan and New York*. Nueva York: Random House.

- LOW, SETHA M. 1996. "The Anthropology of Cities: Imagining and Theorizing the City." *Annual Review of Anthropology*. 25: 383-409.
- MARCUS, GEORGE E. 1998. *Ethnography Through Thick and Thin*. Princeton: Princeton University Press.
- MEYER, HAN. 2003. *City and Port. The Transformation of Port Cities: London, Barcelona, New York and Rotterdam*. Utrecht: International Books.
- MITCHELL, J. CLYDE. 1987. *Cities, Societies and Social Perception: A Central African Perspective*. Oxford: Clarendon.
- NADER, LAURA. 1972. "Up the Anthropologist—Perspectives Gained from Studying Up", en D. Hymes (ed.), *Reinventing Anthropology*: 284-311. Nueva York: Pantheon.
- ONG, AIHWA, y STEPHEN J. COLLIER (eds.). 2005. *Global Assemblages. Technology, Politics, and Ethic as Anthropological Problems*. Malden: Blackwell Publishing.
- PARDO, ITALO. 2000. *Morals of Legitimacy. Between Agency and System*. Oxford: Berg.
- 2004. *Between Morality and the Law. Corruption, Anthropology and Comparative Society*. Aldershot, UK: Ashgate.
- PARK, ROBERT E. 1915. "Suggestions for the Investigation of Human Behaviour in the City Environment". *American Journal of Sociology* 20 (3): 577-612.
- y ERNEST W. BURGESS. 1967 [1925]. *The City. Suggestions for the Investigation of Human Behaviour in Urban Environment*. Con la colaboración de Roderick D. McKenzie y L. Wirth. Chicago: University of Chicago Press.
- REDFIELD, ROBERT. 1947. "The Folk Society". *American Journal of Sociology* 52 (4): 293-308.
- y MILTON SINGER. 1954. "The Cultural Role of Cities". *Economic Development and Cultural Change* 3 (1): 53-73.
- ROGERS, ALISDAIR y STEVEN VERTOVEC. 1995. "Introduction", en A. Rogers y S. Vertovec, (eds.), *The Urban Context. Ethnicity, Social Networks and Situational Analysis*: 1-33. Oxford: Berg.
- (eds.). 1995. *The Urban Context. Ethnicity, Social Networks and Situational Analysis*. Oxford: Berg.
- SANJEK, ROGER. 1990. "Urban Anthropology in the 1980s: A World View." *Annual Review of Anthropology* 19: 151-186.
- SCHEPER-HUGHES, NANCY. 1992. *Death Without Weeping. The Violence of Everyday Life in Brazil*. Berkeley: University of California Press.
- 1995. "The Primacy of the Ethical: Propositions for a Militant Anthropology". *Current Anthropology* 36 (3): 409-44.
- SIGNORELLI, AMALIA. 1999. *Antropología urbana*. Barcelona: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana.
- SIMMEL, GEORG. 1950. "The Metropolis and Mental Life", en Kurt Wolff (ed.), *The Sociology of Georg Simmel*: 409-424. Nueva York: The Free Press.
- SOUTHALL, AIDAN. 1998. *The City in Time and Space*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WEBER, MAX. 1964. *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México D.F.: FCE.
- 1966. *The City*. Nueva York: Free Press.
- 2001. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza.
- WIRTH, LOUIS. 1938. "Urbanism as a Way of Life". *American Journal of Sociology* 44 (1): 1-24.